

HIELO, FRÁGIL

PIERO DEGLI ANTONI



Gritaba

Las tres y media, caramba.
Tarde, demasiado tarde.

¿Cuántas horas llevaba de marcha? Doce, puede que trece. Había salido a las dos del último campamento, con el espantoso frío de las tinieblas himalayas; solo la lámpara frontal le indicaba el camino. No había logrado pegar ojo en toda la noche en el interior de la tienda. El viento soplaba a ciento treinta, ciento cincuenta kilómetros por hora. Arreciaba constantemente, sin darse una tregua. Se introducía por las grietas invisibles de la tienda y la hinchaba como un globo, dispuesto a arrancar los anclajes y hacerla salir volando hacia el este, en dirección al Manaslu. Unos minutos después, sin embargo, la aplastaba contra el suelo, como una mano gigantesca que comprime una lata vacía. Y además estaba el frío: un frío intenso, terrible, maligno. Un frío que subía desde los pies y las manos por las piernas y los brazos, hasta llegar al corazón. Jamás se habría podido imaginar que fuera posible sentir frío en el hígado, en los riñones, en los pulmones, en el corazón. El frío era una criatura que penetraba en el cuerpo y lo roía pedazo a pedazo. «Mueve las manos», se dijo, «mueve las manos y los pies, ininterrumpidamente, sin parar. Muévelos sin cesar o se congelarán».

Hielo frágil

Limpió las gafas de máscara con el guante. ¿Dónde estaba? Miró alrededor; la tormenta restringía la visión a unos cuantos metros. ¿Dónde se encontraba? En algún lugar de la cresta este, en... Hizo ademán de mirar el altímetro. Para hacerlo debía subirse la manga del anorak de plumas, puede que incluso quitarse los guantes. Era imposible. Ni pensarlo. Demasiado frío. Demasiada fatiga. Se hallaba en algún punto de la cresta este, a unos siete mil metros. El campamento no debía de quedar muy lejos, tenía que estar algo más abajo, a unos doscientos o trescientos metros. ¿Lo habrían esperado sus compañeros o habrían continuado la marcha para perder cota lo más deprisa posible, antes de que el frío y la altura acabasen con sus vidas?

Estaba solo en esa montaña inmensa. ¿Cómo se le había ocurrido escalar el Kinsoru, un monstruo semejante, compuesto de rocas, hielo y nieve? Nieve... Tarman Siregar habría sonreído si hubiese podido, si su rostro no se hubiera transformado hacía ya muchas horas en una máscara insensible de hielo. Sabía que en una situación de ese tipo la primera parte del cuerpo que se congelaba era la nariz: a algunos alpinistas se la habían llegado incluso a cortar. ¿Le sucedería lo mismo a él? Qué más daba; que le quitaran la nariz y también algún que otro dedo de las manos o de los pies. Todo, todo con tal de poder bajar de esa montaña, con tal de regresar a casa, a Yakarta, a ver el mar...

Tarman Siregar dio un paso como pudo. ¿Cuánto tiempo había transcurrido? Con un nuevo esfuerzo se obligó a hacer aquello a lo que había renunciado hacía poco tiempo. Levantó apenas la manga de su anorak y miró. Las cuatro y cuarto. Habían pasado casi tres cuartos de hora y, en cambio, le parecía que llevaba parado apenas cinco minutos. Se lo habían advertido durante el adiestramiento: con la altura se pierde la sensación del tiempo, además de muchas otras cosas. El cuerpo fre-

na sus funciones, el cerebro se entorpece. A causa de la altura y la deshidratación, la sangre fluye con dificultad por las venas. Hay que beber continuamente, pero para beber es necesario un hornillo que derrita la nieve y él no lo tenía. Qué ironía: toda esa nieve alrededor y se estaba muriendo de sed...

Hasta hacía seis meses nunca había visto la nieve. El Gobierno indonesio había decidido organizar un ascenso de prestigio internacional a uno de los ochomiles himalayos y había confiado la preparación del mismo a un conocido alpinista polaco. Los futuros escaladores habían sido seleccionados en el ejército, entre los hombres más fuertes. Después habían enviado un centenar de ellos a Nepal para que realizasen un curso rápido de alpinismo y, sobre todo, para que se aclimasen. Tarman había visto entonces la nieve por primera vez. La había cogido con la mano, como si fuese un insecto desconocido. La sensación le había gustado, al igual que le había fascinado el panorama de los glaciares que se cernían sobre ellos.

Muchos eran eliminados durante el adiestramiento. En un principio habían quedado cincuenta, luego veinte, al final únicamente diez. Solo en el último momento el jefe de la expedición había elegido a los cinco que tratarían de alcanzar la cima. Pocas horas antes de la partida, Tarman se había enterado de que formaba parte del grupo. Habían subido ya varias veces hasta los siete mil metros, arriba y abajo del glaciar. Ya no le asustaba atravesar las grietas por las escalas, mientras los crampones chirriaban al entrar en contacto con el metal. Se había familiarizado con las manijas jumar, que le permitían ascender con seguridad por los tramos en los que se habían fijado cuerdas. Incluso se divertía cuando debía superar una oscilación clavando los piolets en el hielo. Qué extraño pasatiempo se habían inventado esos locos de los europeos. Pese a todo, se sentía a sus anchas en ese ambiente hostil y desconocido.

Hielo frágil

Pero allí arriba, a ocho mil metros de altitud, las cosas eran bien diferentes. Cuando te adentrabas en la zona de la muerte nadie se podía ocupar ya de ti. Estabas solo contigo mismo; mejor dicho, con la montaña. Un paso, otro, muchos más. No te estaba permitido pensar en otra cosa.

Habían llegado a la última cresta a eso del mediodía. El polaco, él y dos hombres más. A cien metros de la cumbre, Tarman se había tirado al suelo. No podía moverse. Ni un solo músculo. Tampoco lograba respirar. Levantando mínimamente la cabeza había logrado ver a sus compañeros, que en ese momento se dirigían hacia la cima, marcada por un trípode resplandeciente. Syamsir Azzam iba delante, Nasib Achmad detrás. Era evidente que Nasib estaba en dificultades. Tenía la mirada fija y los hombros hundidos y tardaba un minuto en dar un paso. Syamsir parecía encontrarse en mejor forma, conseguía realizar una secuencia de seis, siete pasos antes de pararse para descansar. Luego, de manera del todo inesperada, Azzam se había hincado de rodillas a unos cincuenta metros de la cumbre y no había vuelto a moverse. Nasib, en cambio, al ver el trípode parecía haberse reanimado, movido por una reserva oculta de energía. Había avanzado a paso de marcha, poco menos que corriendo: se había precipitado hacia la cima como un soldado al asalto, con los brazos alzados al cielo.

El polaco, que ya había llegado a ella, lo había abrazado y luego los dos habían caído al suelo. ¿Cuánto tiempo había pasado desde entonces, en la más absoluta inmovilidad? Tarman no lo sabía. Lo único que quería era pararse a descansar: el viento, el frío, pero, por encima de todo, la cumbre le traían sin cuidado. Su único deseo era regresar. Le vino a la mente una frase: «Cuando alcanzas la cima eres tú el que pertenece a la montaña. La montaña solo te pertenece cuando logras regresar de ella».

Al cabo de un tiempo que no habría sabido cuantificar, el polaco y Nasib pasaron por su lado. Lo miraron con indiferencia, como si fuese un perro atado delante de una tienda. Poco después apareció Syamsir. Su compañero se detuvo. Se quitó la máscara de oxígeno y, tras alargar la mano en una dirección indefinida, le gritó algo que no pudo comprender a causa del viento. Syamsir cabeceó, como si se encontrase frente a un alumno apático, y empezó a bajar de nuevo serpenteando. A Tarman no le sorprendió que lo abandonasen: sabía que en la montaña, a ocho mil metros, no existen ni la solidaridad ni la comprensión, tampoco la piedad. A ocho mil metros solamente puedes — a duras penas — pensar en ti mismo.

Al final consiguió ponerse de pie y vio las nubes negras que ascendían desde el fondo del valle. Tal vez fueran las mismas que Syamsir le había señalado en vano. Las nubes se habían adensado en poco tiempo y subían hacia él. Presa de una sensación próxima al pánico, y pese al cansancio, empezó a bajar a buen paso siguiendo el rastro que habían dejado sus compañeros. Corría por el borde de la cresta, el canto que delimitaba los dos abismos de miles de metros. Un paso en falso, un error o una distracción y perdería la vida.

Al llegar al final de la cresta estalló la tormenta. No se lo esperaba. El viento, en caso de que aún fuese posible, se había intensificado y la tormenta casi lo aplastó contra el suelo, impidiéndole cualquier movimiento. Por suerte había llegado al tramo donde estaban las cuerdas: al menos ya no tenía que preocuparse por elegir la vía que debía recorrer. Bajó aferrado a ellas y hundiéndose hasta la cadera en la nieve fresca. Sabía que en el Himalaya podían caer varios metros de nieve en unas horas: sabía lo que era hundirse hasta el pecho, hasta el cuello. Nunca lograría regresar al campamento.

Hielo frágil

Al llegar al extremo final de las cuerdas se encontró en una pendiente muy pronunciada o, al menos, eso le pareció, porque no se veía nada. Arriba, abajo, a la derecha, a la izquierda: ni siquiera distinguía ya las direcciones elementales. Con gran fatiga —empleó unos veinte minutos— sacó de la mochila la lámpara frontal y se la puso en la cabeza. Su única esperanza era encontrar las huellas de sus compañeros y seguirlos. Tarman dirigió aquí y allí el débil haz de luz y, por fin, descubrió el rastro. Con un brinco de alegría se precipitó hacia él. Pero un crampón cedió, o quizá él resbaló en una placa de roca oculta. No obstante, pudo detenerse antes de acelerar demasiado al caer, algo sumamente peligroso.

Y allí se encontraba, tumbado en la nieve, que iba aumentando alrededor de él como un muro blanco que pretendía enterrarlo vivo. Tenía que levantarse, se había hecho tarde. Incluso sin apretar el paso llegaría al campamento en una hora y media, puede que en solo una hora. Adelante, adelante, adelante...

Tarman se apoyó en el piolet y se puso de rodillas. Luego, haciendo un esfuerzo ímprobo, se levantó. Movié un pie. El que no debía. Sin ni siquiera darse cuenta de que había perdido el equilibrio, empezó a rodar por la pendiente, acompañado de una onda blanda de nieve que podía ser un alud. El instinto de supervivencia lo impulsó a golpear violentamente el terreno con el piolet. Era su última posibilidad. La hoja se clavó en el hielo y él sintió un tirón terrible en la muñeca a la que estaba atada la herramienta. La nieve lo cubrió y a continuación rodó hacia el abismo. Tarman esperó unos segundos conteniendo el aliento, hasta que se cercioró de que estaba parado. Solo entonces se limpió la cara con el guante y abrió los ojos.

Una cara.

Había una cara delante de él, a pocos centímetros.

La cara de un hombre. Sonreía.

Tenía los ojos azules. Abiertos.

Qué extraño. Los indonesios no tienen los ojos azules.

Tarman miró con mayor atención ayudado por la luz de la lámpara frontal, que hacía resaltar las facciones del desconocido en un claroscuro de sombras profundas.

Tenía la barba y el bigote rubios. Poco más de veinte años. El pelo largo, rubio también, incrustado de hielo. Era un rostro de expresión orgullosa y al mismo tiempo... irónica. Sí, irónica. Parecía estar burlándose de él. Para ser europeo tenía aire simpático. Lo escrutaba sin decir nada, como si no encontrase las palabras adecuadas a las circunstancias.

Tarman lo observó a la espera de un ademán de saludo, que no se produjo. Entonces comprendió. O, mejor dicho, su cerebro, embotado por el frío, el cansancio y el exceso de glóbulos rojos, empezó a entenderlo.

No era un hombre.

Era un cadáver.

A pesar de que Tarman había oído hablar mucho de los cuerpos congelados y sepultados en el hielo, jamás se habría imaginado que un día llegaría a tener una visión similar. Era un soldado y, si bien nunca había combatido, estaba acostumbrado a la idea de la muerte.

Pero aquello resultaba diferente. Era una muerte que no era una muerte. Era una sombra, un fantasma, una aparición procedente del más allá.

Brincando como nunca se habría imaginado que podría hacer, Tarman se puso de pie. Bajó apresuradamente la montaña, dando grandes saltos, indiferente al hielo, a la nieve, a la roca, a los precipicios, a las grietas, a cualquier peligro.

Gritaba.

Entrevista – 1

Está a punto de emprender una de las aventuras alpinistas más difíciles de todos los tiempos. ¿Qué lo empuja a escalar las montañas?

—La esperanza de que, al menos a ocho mil metros, nadie me hará preguntas como esta.

—Puedo entender su ironía hacia los que se acercan al mundo del alpinismo en calidad de profanos. No obstante, creo que nuestros lectores sienten auténtica curiosidad por saber el motivo por el que un hombre decide arriesgar su vida en una hazaña tan peligrosa.

—Está bien, no puedo permitir que a sus lectores les corroan dudas de tal calibre. Trataré de explicarme. En pocas palabras, puedo decir que el alpinismo es una de las pocas formas de autodestrucción que aún se conceden a la sociedad moderna. Mire lo que ha ocurrido con la Fórmula Uno o con las carreras de motos. ¿Cuánto tiempo hace que no muere un piloto? También en la vida corriente se hace de todo para evitar esa eventualidad: ¿recuerda lo que aparece escrito en los paquetes de tabaco? ¡Y estamos hablando de un cigarrillo y no de tirarse desde una roca de cien metros de altura! Hasta la eutanasia está prohibida. No dejan en paz ni a los que están de-

sahuciados: los conectan a un montón de cables y se obstinan en mantenerlos con vida cuando, en realidad, lo único que los pobres desean es irse tranquilamente al otro mundo. Como es natural, y lo digo *en passant*, nadie se preocupa de los venenos que sus industrias esparcen por el aire y el agua, ni de los cánceres que estos provocan. Qué le vamos a hacer. Por suerte el alpinismo es ajeno a todo esto: te permite subir a ocho mil metros y morir como mejor te parezca. Nadie pondrá objeción. Aún no se ha inventado un comité del alpinismo que expida permisos. Cualquiera puede subir a ocho mil metros, y llegar a esa altitud no difiere mucho de meter un proyectil en una pistola, girar el tambor, apoyar el cañón en la sien y apretar el gatillo. Pues bien: eso es lo que realmente me gusta del alpinismo.

—No me negará que la suya es una visión bastante curiosa.

—Escalar las montañas significa concederse la posibilidad de morir como uno quiere. ¿Y qué puede ser más hermoso para un hombre que elegir la manera de abandonar este mundo?

Primer día

Una hora más tarde dormían

Por suerte la tienda ya estaba montada.

Una manopla gris de lana se introdujo en la abertura y apartó la tela. El primero en aparecer fue un hombre que llevaba una cámara fotográfica en bandolera. Con él penetró una ráfaga terrible de viento y nieve. Caminó agachado hasta situarse al fondo, en el ábside. Inmediatamente después entró otra figura con la capucha del mono todavía atada a la cabeza y las gafas de máscara pegadas a los ojos. Parecía una momia. Con parsimonia desató la capucha, la tiró hacia atrás, hacia la nuca, se bajó las gafas al cuello y a continuación sacudió la cabeza como un caballo. Una masa oscura de pelo salió del mono y azotó el aire. Una mujer.

El último en llegar fue el sherpa, que cerró la abertura. Acto seguido, examinó la resistencia del maderamen y de las varas.

—¿Aguanta? —preguntó la mujer, que había observado la maniobra.

El sherpa no contestó y se limitó a dar un nuevo tirón al palo que estaba hundido en la nieve.

—¿Aguanta?

El sherpa permaneció en silencio.

Hielo frágil

—Vamos, Tenzing, dinos algo.

—Viento muy fuerte. Y tienda demasiado grande.

La mujer resopló.

—No aguanto en esas condenadas tiendecitas. Me ahogo.

—El viento sopla a ciento veinte kilómetros. La tienda no resiste mucho.

A semejanza de un representante que aguarda en la sala de espera a que lo llamen y que, por fin, oye su nombre, en ese momento una ráfaga más violenta que las demás se abatió sobre el refugio amenazando con arrancarlo. Otra ráfaga más débil, que había entrado a saber por dónde, despeinó a la mujer.

—¿Te pido hora en la peluquería, Fiona? —bromeó el dueño de la cámara fotográfica.

El sherpa había abandonado el examen de la estructura y se encogía de hombros con aire fatalista. Abrió la mochila que había dejado a la entrada y empezó a sacar una serie impresionante de objetos. Cogió un hornillo Epigas y lo colocó al fondo del refugio.

—¿Queréis té? Debemos beber mucho té caliente.

A continuación, el sherpa extrajo de la mochila un cazo de metal y una botella gris de gas. La encajó enroscándola en el hornillo. Cogió las cerillas e intentó encender la llama. El gas emitió un silbido y comenzó a escupir. Tenzing probó cuatro o cinco veces antes de conseguir que prendiera. Sacó un brazo fuera de la tienda, cogió varios puñados de nieve y llenó el cazo con ellos. Lo puso al fuego.

Fiona gruñó.

—¿Cuándo podremos salir para continuar la exploración, Tenzing?

—Verano viajero poco puntual. Difícil saber horario de llegada. Quizá un día. Quizá dos. Tal vez cuatro. Estamos a finales de junio. La alta presión desaparece. Llegan monzones.

Pero queda una última ventana de buen tiempo. Siempre, todos los años. Tenemos que estar preparados. Mejor pensar en bajar. Si nos quedamos aquí moriremos.

—¿Estás diciendo que podríamos estar aquí encerrados dos, tres o incluso cuatro días? Dentro de dos semanas tengo el avión para Londres. No puedo volver a casa sin haber encontrado lo que buscamos.

—Muchas veces el tiempo que se pierde es tiempo que se gana.

El fotógrafo se entrometió. Observaba perplejo el cazo que estaba en el fuego.

—¿Qué es eso?

El agua hervía y, al hacerlo, producía una espuma negruzca que se adensaba en las paredes del cazo y marcaba el nivel como una raya de lápiz. El sherpa se ensombreció.

—Mala señal.

—¿Debemos tirarlo todo y volver a empezar desde el principio? No tenemos muchas botellas.

—Si amigo de mi pueblo viera esto diría que los espíritus de la montaña se han enfadado con nosotros —observó el sherpa.

—Y dale con los espíritus de la montaña, Ten...

—Mi gente cree que la casa de los dioses está en la montaña.

—En ese caso deben de pagar una fortuna en calefacción.

—Para pacificar los espíritus mejor preparar té nepalés.

—Oh, no, Ten. No insistas.

—Este té es especial. Pequeña variante para amigo Iaan.

El sherpa rebuscó de nuevo en la mochila y extrajo un recipiente de plástico. Vertió un líquido blanquecino en el cazo y acto seguido lo mezcló con una cuchara. El vapor ascendía hacia lo alto de la tienda, donde se helaba de inmediato al entrar

Hielo frágil

en contacto con la tela. También la respiración se condensaba. De hecho, la parte superior de la tienda estaba ya recubierta por un sutil estrato de hielo.

—¿Crees que lo encontraremos? —preguntó Iaan a Fiona.

—No he venido hasta aquí para nada. Ten, nos hiciste viajar a Nepal en abril, hace dos meses. Dijiste que comenzaba la buena estación. Pero hemos dedicado tres semanas a la marcha de acercamiento y luego hemos perdido un montón de tiempo subiendo y bajando del campamento base.

—Ya te lo he explicado —respondió el sherpa sin que su tono revelase una posible irritación—. Imposible estar parados arriba demasiado tiempo. Fatigoso. Cuerpo cansado, muchísimo cansado. Hay que bajar y reposar. Cuando has reposado vuelves a subir.

Fiona no le hizo caso.

—Tenemos que conseguirlo en los próximos días...

—El indonesio dijo que lo había visto —la animó Iaan.

—Sí, pero escapó justo en el mejor momento. Aceptó los dos mil dólares sin parpadear. Nos siguió hasta el campamento base y después...

—Piensa en el choque que sufrió. Se encontraba de nuevo aquí, en el Kinsoru, donde hace siete meses sobrevivió por un pelo. Tuvo que ser terrible.

—Puede ser, pero a mí me produjo una impresión diferente... Parecía que alguien lo había asustado. Sí, asustado... En cualquier caso, ahora sabemos dónde buscar.

—Tal vez no sea él. Dicen que la montaña está llena de cadáveres.

—¿Rubio, ojos azules, veinte años y con ese equipo? Seguro que es él.

—Menuda impresión, si fuese cierto.

—Me gustaría ver la cara de Leblanc cuando se entere.

—Té listo — anunció el sherpa.

Utilizando el tapón del termo a modo de taza, el sherpa se sirvió y bebió sorbiendo ruidosamente. Después lo volvió a llenar y se lo ofreció a Iaan, que miró suspicaz el líquido humeante, jaspeado de estrías blanquecinas.

—¿Es el mismo de la última vez? Parece distinto.

—Pruébalo. Muy bueno.

Iaan no se decidía. Lo olfateó.

—Madre mía, qué horror... ¿Qué es?

—Té con leche rancia de yak. Aunque no lo creas, sirve para calmar a los espíritus. Bebe.

—¿Leche rancia de yak? No esperes que lo acerque a mis preciosos labios.

—La leche de yak es buenísima para los alpinistas. Disuelve la sangre, aleja las enfermedades. Bebe.

—Prefiero morir putrefacto que beber un solo sorbo de ese mejunje repugnante.

—¡Qué caprichoso eres, Iaan! —terció Fiona—. Cuando estás en un país extranjero debes probar los platos locales. No puedes comer siempre carne con patatas. —Con un ademán expeditivo, la mujer pidió que le pasasen la taza y dio un sorbo. No logró contener una mueca de disgusto—. Vaya, es realmente fuerte... —Tendió la bebida al fotógrafo—. Vamos, pruébalo.

—Antes querría hacer testamento.

—Pruébalo.

Iaan, temeroso, lo probó. Disgustado, volvió la cabeza para escupirlo.

—Dadme un poco de arsénico para enjuagarme la boca, por favor.

—No exageres, no es tan terrible. —El sherpa apuró el té.

Hielo frágil

Fiona estaba preocupada—. Tenzing, ¿has podido enterarte de las previsiones meteorológicas?

—Radio no funciona. Nadie contesta. Conexión imposible con esta tormenta.

—Puede que ahora nos oigan. Vamos, vuelve a probar.

Sin decir una palabra, el sherpa se acercó a la mochila. Cogió un pequeño retransmisor y lo encendió. El altavoz emitía un rumor indistinto. Giró el botón para cambiar de canal a la vez que hablaba quedamente por el micrófono.

—Tenzing a campamento base. Tenzing a campamento base —repetía monótono.

De improviso se oyó una voz quebrada.

—Qui... mpamen... ase... ing...

El sherpa sintonizó el aparato. Repitió:

—Tenzing a campamento base. Tenzing a campamento base. ¿Me oís?

—Qui campamento bas..., onde estáis...?

—Tenzing a campamento base. Cota siete mil. Estamos en C3. C3, ¿me oís?

—Firmativo...

—Tenzing a campamento base. ¿Cómo son las previsiones?

—Variable..., o superan las... nticuatro horas..., neis... ros prisa...

—Tenzing campamento base. Repetid.

—Neis daros prisa..., en una... mana el... mento base será... mantelado. ¿Tenéis... uda?

—Tenzing a campamento base. ¿En una semana campamento base desmantelado?

—Firmativo. En... ete... días... nadie. Volved... posible.

—Tenzing a campamento base, Tenzing a campamento base. ¿Cómo son las previsiones?

Pero el altavoz emitía tan solo un rumor. El sherpa trató en vano de restablecer la conexión. Al final apagó el aparato con expresión de desencanto.

—Demasiado frío, pilas consumen rápido. Mejor ahorrar para después. ¿Habéis escuchado? Solo siete días, después el campamento base cerrará. En cuanto el cielo nos sonría debemos bajar.

—De eso nada —respondió Fiona con dureza—. Hemos venido para buscar el cuerpo.

—¿Sabéis lo que vamos a hacer? —dijo Iaan—. Ahora mismo os sacaré una bonita fotografía. Vamos, Fiona, ponte al lado de Tenzing.

La mujer obedeció de mala gana. Iaan sacó del bolsillo del pantalón las pilas y las metió en la cámara. Las llevaba siempre encima para evitar que se descargasen con el frío. Sacó cuatro o cinco imágenes, después se detuvo.

—Fiona, súbete la manga del anorak.

—¿Por qué?

—Para que se vea el altímetro. No querría que alguien pensase que las hemos sacado en Saint Moritz.

—¿Crees que alguien lo notará?

—No conoces a los fotógrafos. Son capaces de captar hasta el menor detalle. —En el interior de la tienda, el flas los cegaba—. Vamos, tratad de sonreír.

—No veo qué motivo hay para hacerlo.

—¿Ni siquiera si piensas en tu cara impresa en la página de una revista satinada?

La mujer le concedió una sonrisa a medias en tanto que el sherpa permanecía imperturbable.

—Seguro que son fotografías muy diferentes de las que sueles hacer en la Costa Esmeralda o en los alrededores de Buckingham Palace —observó. A continuación se apartó brusca-

Hielo frágil

mente del sherpa y se acurrucó en un rincón de la tienda—. Ahora basta, esto no es una excursión escolar. Detesto perder todo este tiempo.

El fotógrafo bajó la cámara.

—A propósito, Ten, quería enseñarte esta. —Iaan seleccionó una fotografía en la pantalla y se la mostró al sherpa—. La saqué esta mañana, antes de que se desencadenase el infierno. ¿Qué montaña es?

—Machapuchare.

—¿Machapuchare? Jamás la he oído mencionar. ¿Qué altura tiene?

—Más de siete mil, pero eso no es lo más importante.

—Ah, ¿no?

—Machapuchare es una montaña sagrada. La montaña donde viven los dioses. Nadie puede escalarla. Prohibido.

—¿Quieres decir que nadie ha subido nunca a la cima?

—Los americanos la llaman Fish Tail, cola de pez. ¿Ves qué forma tiene la cumbre?

—Tienes razón. Parece realmente la cola de un pez. Qué bueno. Pero ¿de verdad nadie lo ha intentado?

—Oh, no, prohibidísimo. Nadie obtiene el permiso. Ley castiga sacrilegio como ese. Cárcel.

—Un poco de silencio ahora. Tengo que trabajar —los reprendió Fiona. Extrajo de la mochila el colchón de espuma aislante y lo extendió en el suelo. Luego se metió en el saco de dormir Mountain Hardware. De un bolsillo del suéter polar sacó una minúscula grabadora digital—. Dieciocho de junio, dieciocho y treinta horas. Fiona Simmons, a siete mil metros de altitud en el Kinsoru, Himalaya. La tormenta arrecia en toda la zona y nos obliga a permanecer encerrados en nuestra tienda a la espera de una ventana (como se dice en la jerga) de buen tiempo. El viento sopla a doscientos kilómetros por hora y es una

experiencia que no le deseo a nadie. A esta velocidad el aire se convierte en un muro compacto que trata de tirarte al suelo, una lengua gélida que penetra en los pulmones y los hincha hasta hacerlos reventar. Por suerte nuestro guía nos ha preparado una sorpresa: una versión especial del té nepalés. Se trata de té con leche rancia de yak. Dicho así, puede sonar repugnante, pero os aseguro que a esta cota, en estas condiciones, es la mejor bebida del mundo. La leche rancia de yak recuerda a un yogur maduro, con un sabor menos ácido, pero casi... amargo, diría yo. Un gusto extraño para nosotros, los europeos, pero al que no resulta difícil habituarse. No es una simple cuestión de paladar: la leche de yak es un magnífico remedio contra el mal de montaña. De hecho, contribuye a que la sangre sea más fluida y, en general, a superar los problemas físicos que ocasiona la altura. Por eso nuestro guía nos ha preparado una buena dosis y nosotros nos hemos bebido con mucho gusto dos tazas por cabeza. Valía la pena venir hasta aquí, aunque solo fuera para descubrir esta bebida himalaya...

— Como embustera no tienes rival, Fiona — comentó Iaan desde el otro lado de la tienda—. O tal vez te guste creer que las cosas son como te las imaginas.

— Estoy trabajando. ¿Te importaría no molestarme? — Fiona concluyó su informe. Escuchó la grabación y luego, satisfecha, metió de nuevo el aparato en el bolsillo del forro polar para que las pilas no se descargasen. Se arrebujó en el saco de dormir a la vez que cerraba los ojos—. Me encantaría dormir a pierna suelta.

— Dormir en cota no sirve para nada. Cuerpo se cansa también mientras duerme — le advirtió Tenzing.

Los dos hombres se metieron en los sacos de dormir. Apagaron la lámpara frontal, que constituía su única fuente de luz, y se sumieron en una oscuridad total. Nadie conseguía conciliar

Hielo frágil

el sueño. Las ráfagas de viento sacudían la tienda, la sangre zumbaba en las sienes y el estómago se encogía en una náusea ininterrumpida.

De repente Iaan se incorporó.

—¿Habéis oído?

Fiona se volvió en la oscuridad.

—¿Oído qué?

—Algo..., no sé..., un ruido.

—¿Además del viento, quieres decir?

—No era el viento. Era como el ruido de...

—¿De?

Iaan se demoró unos instantes.

—De un hombre.

Fiona se dio media vuelta al tiempo que bostezaba de manera ostentosa.

—De acuerdo, si no me creéis, allá vosotros, pero si dentro de cinco minutos la tienda se abre y entra un yeti no digáis que no os he advertido.

Fiona se rio quedamente. Luego los tres callaron conteniendo la respiración. Pero fuera únicamente se oía el estrépito del viento, imparable.

Una hora más tarde dormían.